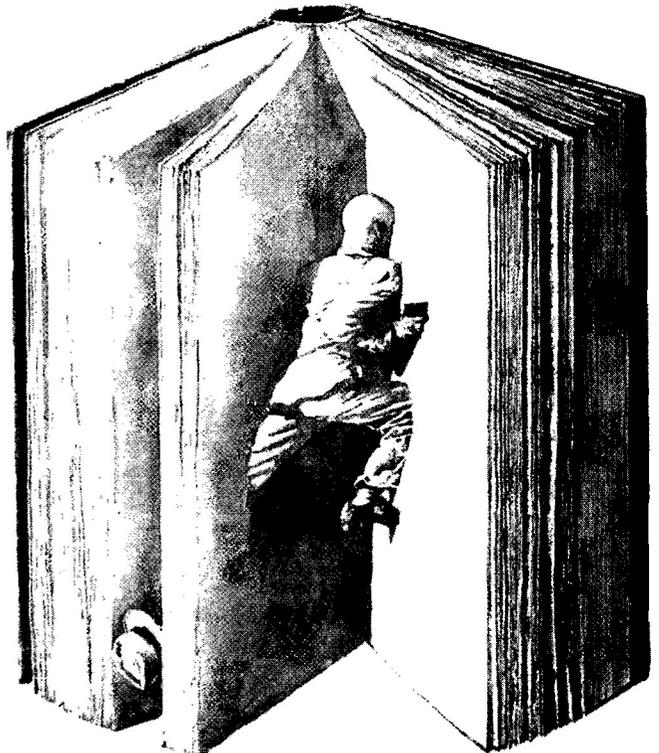


Lengua y libro en la cibercultura

“Se llevaron el oro y nos dejaron las palabras”, decía Neruda, esas palabras que fueron moldeadas por la siembra, entre los latigazos o entre los rezos. Entonces, América le devolvió a España un habla diferente, mestizada, enriquecida. Y por ella pudo ser original, único, el canto de los más altos: Darío, Huidobro, Neruda, Pellicer, Borges, Paz, Gelman... y, más enteramente, César Vallejo. Pero, ¿qué pasa con la literatura y el libro?, ¿qué efectos y cómo se relacionan con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación?



Eskeletra No. 4, Ecuador

En el prólogo a su *Gramática Castellana*, Antonio de Nebrija señala, con irreversible mentalidad de conquistador, que a los pueblos bárbaros y a las naciones de lenguas extrañas que España va a someter, habrá que imponer unas leyes y una lengua. Y añade: “Siempre la lengua fue compañera del imperio”.

La visión de Nebrija es profética: España va a ser la primera potencia que cruza el mar con el afán expreso de conquistar, o sea de establecer, “en las naciones de lenguas extrañas”, su cultura.

JORGE ENRIQUE ADOUM, ecuatoriano. Poeta, narrador y ensayista. Esta ponencia fue presentada en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española (Zacatecas, México, 5-11 de abril de 1997)

A ello suelen contribuir, con diversa eficacia, los ejércitos, pero estos necesitan imponer ciertas manifestaciones “espirituales” llevadas con las armas, comenzando por la lengua, a los vencidos para que estos acepten lo que en términos contemporáneos llamaríamos la ocupación.

Contra lo que se ha afirmado, Colón conoce la diversidad de las lenguas —él mismo habla el genovés, ha leído en italiano a Marco Polo, vivió y se casó en Portugal donde se dice que estudió cartografía, descubrió a Ptolomeo y leyó el *Imago Mundi* del francés Pierre d'Ailly— pero no parece acordar la misma categoría al habla de los nativos. Para él, enseñarles el castellano supone, naturalmente, “enseñarles a hablar”. Más que una cuestión lingüística es “la cuestión

del otro”: reconocer que los indígenas “hablan” habría significado atribuirles, de golpe, una categoría humana, y sabido es que debieron pasar cuarenta y cinco años para que un Concilio decidiese que los indios eran **personas**, que tenían alma y razón, con lo cual, por primera vez en la historia de la conquista se consideró, solo teóricamente, desde luego, que matar a un indio podía ser un crimen.

La lengua: símbolo de poder

La lengua propia, además, otorga categoría al interlocutor, para lo cual quien habla debe elevarlo, así sea por un momento, a su mismo nivel: ¿no es un gesto de superioridad de Hernán Cortés llamar Marina a una indígena mexicana, amante suya y mediadora entre él y Moctezuma? Y a un pobre indio chismo-

so, llevado desde Panamá al Perú como intérprete de Pizarro y Almagro, le pondrán de nombre Felipillo: así comenzará el lento pero seguro proceso de cambio de identidad.

Por lo demás, la lengua, sin intermediarios ni traductores, es el vehículo más eficaz para la transmisión de una cultura. Todo cuanto el descubridor-conquistador quiere enseñar, aprender también, imponer y exigir para gobernar, debe pasar por su lengua hasta el punto de que esta llega a constituir el símbolo del poder del Imperio: el "señor" no se rebaja a aprender la lengua de sus vasallos.

El habla española que llega inicialmente a América es la de los campesinos y hombres de mar y la de los eclesiásticos; cerca de medio siglo tardará en venir la de los aristócratas. Las lenguas europeas que vienen a América tienen, además, escritura, con lo cual se distancia, casi hasta desaparecer, el interlocutor, haciendo imposible la respuesta inmediata. Y confiere dignidad a la lengua y a quien la aprende: de ahí que -a diferencia de las artes que, por no atentar a esa suerte de "indignidad social" que entraña el trabajo manual, recu-

re a la habilidad de los artesanos indígenas- la lectura y escritura sea entonces privilegio de una casta intelectual, en cuyas manos estarán el poder político, económico -la explotación, en régimen de esclavitud o servidumbre, de tierras, mitas y obrajes- y el poder cultural ejercido, también inicialmente, por las instituciones religiosas. Sin embargo, Gerónimo López escribe, en su carta a Carlos V, "La doctrina fue bueno que la sepan; pero el leer y escribir muy dañoso como el diablo".

En cuanto a la escritura...*En la tragedia del fin de Atahualpa*, drama en quechua traducido por Jesús Lara, el sumo sacerdote describe a su soberano la escritura del mensaje enviado por Almagro: "Vista de este costado/ es un hervidero de hormigas./ La miro de este otro costado/ y se me antojan las huellas que dejan/ las patas de los pájaros/ en las lodosas orillas del río./ Vista así se parece a las tarukas/ puestas con la cabeza abajo/ y las patas arriba/ y si solo así la miramos/ es semejante a llamas cabizbajas/ y cuernos de taruka./ quién comprender esto pudiera". Se me ocurre que es esa, y no el hecho de que no sonara al agitarla junto a su oído, la razón por la que Atahualpa, en la Plaza de Cajamarca, encontró que la Biblia estaba vacía'.

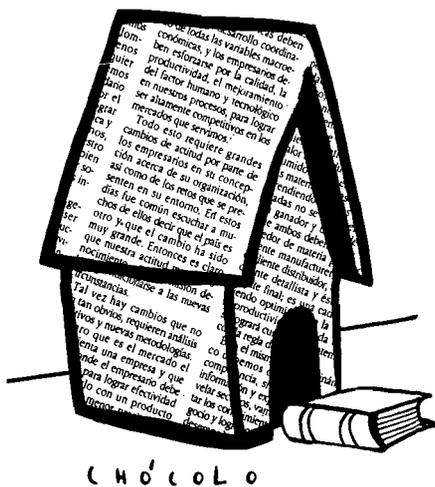
Parece históricamente inevitable que América fuera conquistada, si no por España y Portugal, por cualquiera otra cultura europea: ningún continente "periférico" se libró de ello. Y parece culturalmente imposible que hubiéramos podido tener un desarrollo cultural endógeno, solitario, aislado, mirándonos a nosotros mismos, imaginar lo cual no ha sido hasta hoy sino un gratuito e inútil juego del intelecto. Pero con cualquier lengua procedente de Europa, puesto que todas tienen escritura, hubiéramos llegado también, tarde o temprano, como con el castellano, a las grandes religiones, filosofías, civilizaciones, obras literarias: la historia de la cultura, en una palabra. Cualquier otro idioma hubiera servido también -yo me alegro de que fuera el español- para que nos comunicáramos entre nosotros mismos: porque, siendo la historia como ha sido, no han aparecido aún los intérpretes y traductores de una lengua indígena a otra. Y -porque no conocemos las lenguas aborígenes, puesto que, aunque seamos pluriculturales, con excepción del Para-

En Nuestra América conocimos el *Popol Vuh*, *El Libro de los Libros de Chilam Balam*, la filosofía náhuatl, la poesía quechua..., aunque hayan perdido, evidentemente, en el camino de la traducción, la fuerza imaginativa y el hechizo sonoro de las lenguas originarias.

guay ni siquiera somos bilingües- dondequiera que nos encontremos en Nuestra América, en castellano conocimos el *Popol Vuh*, *El Libro de los Libros de Chilam Balam*, los Cantos de Huexotzingo, el *Rabinal Achí*, los *Anales de los Cakchiqueles*, la filosofía náhuatl, la poesía quechua..., aunque hayan perdido, evidentemente, en el camino de la traducción, la fuerza imaginativa y el hechizo sonoro de las lenguas originarias.

Un habla mestizada, enriquecida

"Se llevaron el oro y nos dejaron las palabras", decía Neruda. Oponiendo a la hermosa ambigüedad de la poesía la precisión tozuda de la realidad, quiero entender que nos dejaron las lenguas, que no pudieron llevarse y que, reducidas por un genocidio duradero de sus creadores y herederos, sobreviven hasta hoy, enteramente ajenas al exterminio lingüístico con que las amenaza la tecnología: parece que, por lo menos en algunos siglos, no habrá textos de física nuclear en aymara, ni computadoras en araucano, ni informes de viajes espaciales en guaraní.





Monica Burgos, Perú

Aunque seamos pluriculturales, la mayoría en América Latina, con excepción de Paraguay, ni siquiera somos bilingües

Se llevaron nuestro oro pero nos dejaron, como en trueque, sus palabras. O sea su lengua, batida por los pueblos ibéricos, purificada por los poetas -Garcilaso, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope, Quevedo, Calderón...- y, no por azar, precisamente en los primeros años de esa Conquista que hizo posible, al otro lado del mar, el Siglo de Oro. A este respecto, Roberto Fernández Retamar ha escrito: "Bien: ¿pero se recuerda suficientemente que el oro de esos siglos era el oro americano, el oro que los aborígenes de este continente tuvieron que extraer, en condiciones espantosas, para entregar a sus amos europeos? ¿Acaso sin la llegada de los europeos a nuestras tierras existirían las hermosas obras que la cultura occidental ha engendrado? [...] Y una de las conclusiones de este hecho palmario es que nosotros, los latinoamericanos y caribeños, tenemos el pleno derecho de reclamar como nuestras esas obras por las que nuestros antepasados pagaron tan alto precio. Decir que, a su vez, ellas nos 'influyen' no es decir gran cosa. Aquella es también nuestra cultura."². De ahí que esa lengua nos pertenezca, porque nos fue dada a cambio de cuanto dimos. De ahí, también, que las más bellas creaciones de la lengua española sean en cierto modo nuestras.

Más, por una jugada de la dialéctica, el habla dominante fue martillada y moldeada aquí, en las siembras y en la almohada, entre dos latigazos o entre dos rezos. A diferencia de lo que ocurre con el proceso, a veces empobrecedor, de la aculturación, y con el otro, no siempre terminado, del sincretismo religioso, América le devolvió a España un habla diferente, mestizada, enriquecida por todos los aportes que fueron a parar en su cauce. Y en literatura se produce un doble descubrimiento simultáneo: el de un mundo en donde para el poeta, como para el descubridor de países, todo estaba por nombrar, y para el novelista todo estaba por contar. Y tuvo orgullo de esa lengua suya, porque por ella pudo ser original, único, el canto de los más altos: Darío, Huidobro, Neruda, Pellicer, Borges, Paz, Gelman... Ellos encarnan, y más enteramente César Vallejo, un acto de contraconquista y exaltación de la total integración humana: reafirmación y alabanza, étnica y literaria, de lo que fuimos y vamos dejando de ser: un «pequeño género humano» en «un mundo aparte», como lo vio ese otro prototipo de América: Bolívar, el Libertador.

A diferencia de los poetas, los narradores del primer realismo americano "guardaban las distancias", dejando constancia de que el autor sabía "escri-

bir bien" el español de España mientras sus personajes "hablaban mal" el español de Iberoamérica. Y, como para reparar el daño introducido por ellos en su obra, ofrecían largos "vocabularios" en los que se daba, pensando probablemente en el lector extranjero, la definición de los localismos empleados. Y así -mucho tiempo después de que la palabra aborigen "huracán" fuera la primera que entró en todas las lenguas europeas, y "canoa" en la española- esos términos habían ido ensanchando y renovando, enriqueciendo y refrescando el español de ambos lados del Atlántico, hasta el Pacífico. Y cuando la acción de la novela se traslada a la ciudad y hace del entorno urbano su tema y hasta su protagonista, los escritores asumen el habla de sus personajes, "escriben como hablan", en cubano, uruguayo, mexicano, argentino, chileno, paraguayo, aprovechando para la literatura la enriquecida lengua iberoamericana y contribuyendo a crearla. A más de constituir en el mundo contemporáneo una de las literaturas más frescas y vigorosas, cabe recordar el hecho insólito de haber dado, desde los años 40, un Premio Nobel en cada decenio, con excepción del de 1950: Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez y Octavio Paz.

El libro y las nuevas tecnologías

Pese a lo que de hermoso nos dejó la historia y a los placeres que el espíritu nos proporciona todavía, sociólogos, humanistas y futurólogos vaticinan la muerte del libro a manos de las nuevas tecnologías de comunicación de nuestra época. Ese espanto es igual al que ha experimentado cada una de las sociedades que se ha visto confrontada con las invenciones técnicas que comprometían la supervivencia de algunas manifestaciones culturales, sin pensar, al comienzo, que se trataba de formas movibles de una cultura que se veía crecer a sí misma.

Cuando se inventó el gramófono (el lema «La voz de su amo», con el perro junto al aparato, impuso una marca pese a ser despectivo), ¿no se temió acaso, equivocadamente, que esa invención provocaría el cierre de las salas de con-

Pero, en la realidad, desde que existe ese “séptimo arte” asistimos a una renovación teatral, precisamente gracias, en parte, a una técnica tomada en préstamo a la cinematografía, que supieron aprovechar los dramaturgos, a partir de Bertolt Brecht.

ciertos, puesto que las multitudes podían escucharlos por todas partes y con mayor comodidad sin necesidad de acudir a ellas?

Cuando el cine comenzó a convocar asambleas casi rituales ¿no se creyó que desaparecería el teatro, que antes había monopolizado, con la religión, aquellas características? Pero, en la realidad, desde que existe ese “séptimo arte” asistimos a una renovación teatral, precisamente gracias, en parte, a una técnica tomada en préstamo a la cinematografía, que supieron aprovechar los dramaturgos, a partir de Bertolt Brecht. La utilizó, también, con éxito la literatura, particularmente la norteamericana, desde las novelas de John Dos Passos, que precedió a la narrativa contemporánea de América Latina, muy especialmente la de Manuel Puig en la que es, a más de técnica, sujeto. Y, gracias al cine, gran número de novelas, independientemente de su valor literario, se han convertido en *best-sellers* mundiales o regionales, aunque a veces solo temporalmente, por haber servido de base a películas de éxito o a series televisivas. La lista va desde las diversas versiones de *Anna Karenina* y *Los tres mosqueteros*, pasa por *El proceso*, *El doctor Zhivago*, *Los desnudos y los muertos*, y registra, entre las tiradas de importancia más recientes, *Raíces* y *Como agua para el chocolate*. (No cito, por obvias, las numerosas variantes de las obras de los trágicos griegos y de Shakespeare que sigue siendo, aún hoy día, uno de los guionistas de más éxito.)

En cuanto a la radio -que todavía mantiene su presencia en los hogares humildes de América Latina, particularmente en la cocina-, al comienzo se contentó con la adaptación de textos literarios y terminó por dar a luz un género particular en el que destacó, de modo excepcional y hasta ahora único, Dylan Thomas. Único, porque los autores de radionovelas actuales están más cerca de la subliteratura de Corín Tellado que de la poesía del escritor inglés.

Se creyó que la televisión desplazaría al cine, pero, frente a la disminución relativa de la producción de películas, el incremento brutal del número de aparatos televisivos en el mundo ha aumentado su audiencia y ha inducido a la fabricación y consumo de vídeos que, pese a todas las diferencias técnicas, si-

guen siendo cinematografía, a menudo basada en obras literarias, con excepción de las que imponen la emperatriz de la cursilería, Delia Fiallo, y sus discípulos.

Las cintas magnéticas y, luego, los casetes, han constituido el material de base de obras literarias diversas, se trate de las de Oscar Lewis, sobre la “cultura de la pobreza”, de la novela *A sangre fría*, de Truman Capote, del reportaje novelado, *Oswald*, de Norman Mailer, o del reportaje social, como el *Cimarrón* de Miguel Barnet. (Fue demasiado optimismo esperar que con la electrónica la poesía volvería a ser lo que fue inicialmente: canto, que la imprenta convirtió en texto, hasta el punto de que Mallarmé, considerándolo una aberración, se vio obligado a representar los silencios con espacios en blanco y las inflexiones de la voz, hasta el grito, con recursos tipográficos. A este respecto, Paul Eluard recordaba: si uno pregunta a un campesino griego qué es un poeta, dirá: “Ese que canta”, mientras que en Occidente -en la América española, digo yo-, el interrogado, campesino o urbano, intuitivo o culto responderá: “Uno que escribe versos”).

Si hoy inquieta el porvenir del libro es porque el cine, la radio, la televisión, los periódicos y las revistas, incluso las de historietas ilustradas, que transforman la cultura en *entertainment*, ocupan de preferencia el tiempo libre. Pero siempre hubo en la sociedad, según las clases sociales, los lugares y las épocas, distracciones múltiples: deportes, cuentos en torno al hogar, visitas, juegos de cartas y de azar, frecuentación de clubes..., parcialmente desplazados o disminuidos por los nuevos aparatos y sistemas electrónicos. En compensación, los medios de comunicación modernos favorecen la difusión del libro y, con él, la persistencia de la lengua, bastante maltratada por aquellos. Se diría que corresponde al libro hacer realidad la norma de la Real Academia Española, ya que es la literatura la que “Limpia, fija y da esplendor” a la lengua, enriqueciéndola, además, y evitando deformaciones bastardas a las que conduce, tras el imperialismo del cine, el de sus generalmente pobres y serviles traductores al español: basten, como ejemplo, esas manchas que crean en nuestras pantallas “bastardo” por infeliz o desgraciado, “sortario” por afortu-

nado, o el mexicanismo "no tiene caso" por es inútil...

Esa tecnología, cuya utilidad práctica no podría ponderar, viene atentando no solo contra la forma de las palabras sino de su contenido e ideología. Francisco Proaño Arandi ha denunciado que el idioma sufre ahora otro acoso, ya no en Norteamérica sino en la propia España y en América Latina. "El enemigo imperial latente en el inglés contraataca y la tecnología es su arma. El programa informático *Windows 95*, que se acompaña con el procesador de textos *Microsoft word*, parecería concebido por los pragmáticos arrieros de la venta de Maritorres para atacar en su propio cubil a Don Quijote, es decir, a su esencia, nuestro idioma". La computadora -que, innegablemente, ha reactualizado la primacía del texto sobre la imagen, ha reinventado prácticamente la escritura y ha comenzado a revolucionar la pintura- es para Proaño, junto con el diccionario electrónico de sinónimos castellanos del *Microsoft word*, que consultan ahora millones de personas, en especial estudiantes, "nada más que artefactos 'idiotas' que solo responden a las intenciones de sus creadores. Tal como ha sido concebido se trata de una daga en el corazón del español, una daga además con una carga ideológica inocultable. Incluye cosas como estas: 'Mestizo: bastardo', 'Blanco: cándido, immaculado', 'Occidental: europeo, ario, blanco, civilizado y culto', 'Oriental: asiático, amarillo

y chino', 'Indígena: salvaje, bárbaro, caníbal, antropófago...'"³

Resulta difícil imaginar semejantes deformaciones en un diccionario impreso o en un libro cualquiera: serían, en tal caso, lógica y humanamente aberrantes, hasta el punto de que ningún lector, con cierto índice de sensatez, podría evitar arrojar lejos el volumen, denunciar públicamente a su autor y entregarlo a las autoridades de sanidad mental. Puesto que, afortunadamente, no tenemos, ni queremos tener, como en *Fahrenheit 541* y los regímenes fascistas, autoridades de salud literaria... ●

NOTAS

1. Véase Adoum, Jorge E., "Lenguaje y dominación", en *Coloquio Nacional "500 años de América, ¿un problema de identidad?"*, Ambato, Ecuador, Casa de Montalvo, tomo 1, 1992, pp. 11-38.
2. Fernández Retamar, Roberto: "América, descubrimientos, diálogos", en *Nuestra América contra el V Centenario*, Tafalla, Navarra, 1989, pp. 94-95.
3. En el Congreso de Zacatecas me enteré de que el autor de semejante diccionario había "pedido perdón" a España y México, lo que hace suponer que habrá hecho o hará las debidas rectificaciones. Y quienes, entre los asistentes, lo perdonaron adujeron que la lista de sinónimos había sido tomada de diccionarios ya existentes. Sin embargo, ni el *Diccionario Ideológico*, de Julio Casares, ni el *Diccionario de Sinónimos y Antónimos*, de Sáinz de Robles, que tengo a mano, indican como "ideas afines" a "indio", tales despropósitos.



Uno de los cantos poéticos más altos de Nuestra América

ARENA journal

PO Box 18 - North Carlton -
Australia 30 54
Telephone: 61-3-4160232
Fax: 61-3-4151303

